

LA MALDICIÓN RADIANTE

ELIZABETH LIM

DESTINO

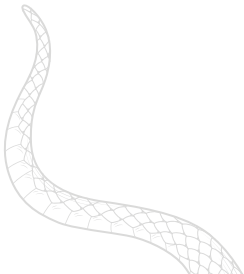
LA MALDICIÓN RADIANTE



ELIZABETH LIM

Traducido del inglés por Florencia Refi

DESTINO





No nací siendo un monstruo.

Las personas se olvidan de eso. Las crueles se burlan y me dicen que soy un engendro del demonio. Creen que las palabras me harán daño, pero están más cerca de la verdad de lo que creen.

Son los amables los que mienten.

—Tienes buen corazón, como tu hermana —dicen con tono compasivo—. En el fondo, eres hermosa, como tu hermana.

No me parezco en nada a mi hermana.

En toda la extensión de las islas, su nacimiento es una leyenda. Muchos vienen de cerca y de lejos para vislumbrar su belleza, y nuestros vecinos han ganado mucho dinero contando su historia. En una noche de arcoíris lunar hace diecisiete años, mi padre se enfrentó a una terrible elección: salvar a su esposa, que yacía moribunda en un catre plagado de polillas, o a su hija recién nacida, cuyas mejillas rosadas, rizos sedosos y brillo divino ya habían cautivado a todos los que la veían.

Adah eligió a su esposa. Arrebató a la bebé de los brazos de la partera y corrió hacia la selva para sacrificarla a Angma, la Bruja

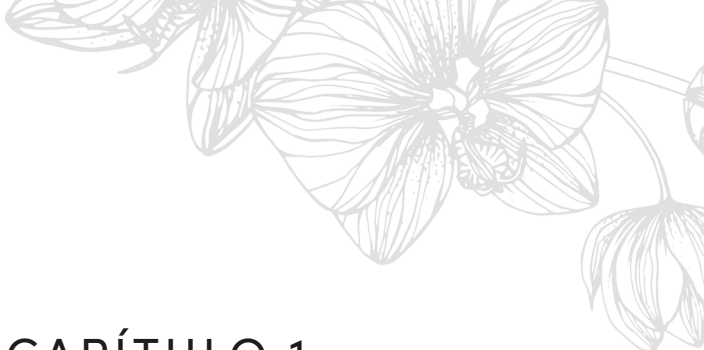
Demonio. Allí, en una roca plana junto a un árbol torcido, dejó morir a mi hermana.

Sin embargo, incluso siendo una bebé, mi hermana desprendía una luz dorada que hipnotizó a la Bruja Demonio hasta tal punto que no pudo devorarla. Y así, al día siguiente, Adah encontró a mi hermana donde la había dejado, riendo y cantando entre los pájaros y las ranas, y nos la devolvieron.

La historia tiene un toque de cuento de hadas, por eso a los aldeanos les encanta contarla. Pero no explica lo que le pasó a mi cara... porque no fue así como sucedió *realmente*.

Es cierto que desde el momento en que nació, mi hermana era tan radiante que eclipsaba a las estrellas y su sonrisa podía ablandar incluso el corazón más duro. También es cierto que Adah se enfrentó a esa terrible y fatídica elección. Para salvar a mi madre, *sí* intentó sacrificar a una niña. Solo que no se llevó a mi hermana a la selva.

Me llevó a mí.



CAPÍTULO 1

No había luna ni arcoíris lunar cuando nació mi hermana. Al contrario de lo que cuentan, llegó a última hora de la mañana, cerca del mediodía. Lo recuerdo porque el sol me daba en los ojos y su calor abrasador me pinchaba la piel bañándome en sudor. Yo era muy pequeña y estaba jugando afuera, pinchando con un palo a las hormigas que se me subían por los tobillos, cuando el sol se escondió de repente y oí gritos. Los gritos de *mamá*. Al principio eran débiles. Los truenos habían comenzado a retumbar, tragándose la mayor parte de sus gritos. Los fuertes estallidos en el cielo no me asustaron; ya estaba acostumbrada a los vientos caprichosos de la isla y a los bajos aullidos que se oían desde la selva por la noche. Así que me quedé, incluso cuando la lluvia se desató y las gallinas corrieron a refugiarse. La tierra bajo mis dedos se convirtió en barro y el aire cálido y húmedo se enfrió. Las hormigas se ahogaron cuando el agua me subió hasta los tobillos.

Adah me había dicho que no entrara hasta que me llamaran, pero la lluvia era cada vez más fuerte. Cayó en forma de chaparrones, empapando mi camisa y mis sandalias y golpeando mi cabeza. Me dolía.

Me quité las sandalias, subí las escaleras de madera hasta nuestra casa y corrí hacia la cocina. Me sacudí el pelo para quitarme la lluvia e intenté calentarme junto al fuego, pero solo quedaban unas pocas brasas.

—¿Adah? —llamé, temblando—. ¿Mamá? —No hubo respuesta.

Mi estómago gruñó. Junto a la olla, había un plato de pasteles que mamá había cocinado al vapor para mí el día anterior. Habían provocado que sus manos olieran a coco y sus uñas brillaran, pegajosas con almíbar.

¡Los pasteles de Channi están listos! Solía decirme cuando estaban listos. *No comas demasiado de una vez, o las moscas del azúcar entrarán en tu vientre para cenar.*

Hoy no me llamó.

Me puse de puntillas y estiré los brazos hacia arriba, pero no era lo suficientemente alta como para alcanzar el plato.

—¡Mamá! —grité—. ¿Puedo comer tarta?

Mamá había dejado de gritar, pero la oí respirar con dificultad en la otra habitación. Nuestra casa era muy pequeña entonces, con solo una cortina separando la cocina del dormitorio de mamá y Adah.

Me paré de mi lado de la cortina. La muselina áspera rozaba mi nariz mientras respiraba contra ella, tratando de ver lo que estaba sucediendo al otro lado.

Tres sombras. Mamá, Adah y una anciana, la partera.

—Tienen otra hija —decía la partera a mis padres—. Channi tiene una hermanita.

¿Una hermana?

Olvidando la advertencia de Adah y mi hambre, me metí bajo la cortina y me arrastré hacia la cama de mis padres.

Allí yacía mamá, apoyada en una almohada. Parecía un pez, toda translúcida y pálida, con los labios entreabiertos pero sin moverse. Apenas la reconocí.

Adah estaba revoloteando sobre ella y la mirada inquieta de su rostro se agrió rápidamente cuando mamá cerró los puños alrededor de los bordes de la cama, como si estuviera a punto de empezar a gritar de nuevo.

En cambio, dejó escapar un grito ahogado y un chorro de sangre roja se abrió paso a través de las sábanas.

—¡Está sangrando! —gritó Adah a la partera—. ¡Haga algo!

La señora levantó las mantas y se puso manos a la obra. Nunca había visto tanta sangre, y menos de golpe. Sin saber que era la vida de mi madre la que se estaba desangrando, casi parecía hermoso. Vibrante y brillante, como un campo de hibiscos rojos.

Pero el rostro de mamá, retorcido de dolor, me mantuvo en silencio. Algo iba mal.

Me quedé clavada en mi rincón, sin que nadie me viera. Quería tomar las manos de mamá. Para ver si todavía olían a coco y si el almíbar se había filtrado en las líneas de sus palmas como siempre y sabía dulce cuando besaba su piel. Pero todo lo que olí fue sal y hierro: sangre.

—Mamá —susurré, dando un paso adelante.

Adah me agarró del brazo y me apartó de la cama.

—¿Quién te ha dejado entrar aquí? Lárgate.

—No pasa nada —dijo mamá débilmente. Giró la cabeza para mirarme—. Ven, Channi. Ven a conocer a tu hermana.

No quería conocer a mi hermana. Quería hablar con mamá. Extendí la mano para apretar sus dedos, pálidos y azules, pero la partera me interceptó y empujó a mi hermana sobre mi rostro.

La mayoría de los recién nacidos son feos, pero mi hermana no. Su cabello negro era lo suficientemente largo como para tocar sus hombros; era más liso que el cristal y más suave que las plumas de un pájaro joven. Su tez era dorada y bronceada al mismo tiempo, con un toque de rosa en sus mejillas regordetas y brillantes y en sus labios sonrientes.

Pero lo más encantador de todo era la luz que emanaba de ella, más brillante alrededor de su pecho, como si una astilla del sol se alojara dentro de su pequeño corazón.

—¿No es una belleza? —susurró la partera—. He asistido el parto de cientos de bebés, incluida tú, Channi. De todos ellos, solo tu hermana sonrió cuando vino a este mundo. Mira esa sonrisa. Te lo aseguro, reyes y reinas se inclinarán ante esa sonrisa algún día. —Tocó el pecho de mi hermana, su palma cubría ese extraño resplandor en su interior—. ¡Y este corazón! Nunca he visto un corazón como este. Ha sido agraciada por los dioses.

—Vanna —susurró mamá. El orgullo resonaba en su voz—. La llamaremos Vanna.

Dorada.

Tomé la pequeña mano de mi hermana. Estaba caliente y podía sentir su pequeño corazón latiendo contra mi dedo. Para alguien que solo llevaba unos minutos con vida, olía dulce, como a frijoles mungo y miel. Lo único que quería era abrazarla y apretar mi nariz contra sus suaves mejillas.

—Ya basta —dijo Adah bruscamente—. Channi, vuelve a salir. Ahora mismo.

—Pero, Adah —dije, sintiéndome pequeña—, la lluvia...

—Sal.

—Deja que se quede —dijo mamá, conteniendo otro grito. Claramente, el dolor estaba regresando—. Déjala. No me queda mucho tiempo.

No entendí lo que mamá quería decir entonces, ni por qué Adah se limpiaba los ojos con el brazo. Se arrodilló junto a la cama y rezó una oración tras otra a los dioses, prometiendo ser un mejor marido si mamá sobrevivía.

La partera trató de consolarlo, pero él se apartó bruscamente.

Las sombras se cernieron sobre su rostro.

—Dame el bebé.

Su mirada me asustó más que los gritos de mamá. Nunca sentí mucho por mi padre; él siempre estaba trabajando en los arrozales mientras mamá me cuidaba. Pero nunca había sido cruel. Amaba a mi madre, y yo pensaba que también me amaba a mí. Esta era la primera vez que lo oía hablar con tanta brusquedad, con un filo peligroso.

—Khuan, no nos precipitemos. Yo me ocuparé de tu esposa. Tú ve al templo y reza. —La partera también se dio cuenta.

Mi padre no quiso escuchar. Agarró a mi hermana y la alarma se encendió en los ojos cansados de mamá.

—¡Khuan! —gritó—. Para.

Frente al cuerpo ancho y fornido de Adah, Vanna no parecía más grande que un ratón. Pero mi hermana debió de haber lanzado el mismo hechizo sobre mi padre que el que había lanzado sobre mí, porque una vez que él la acunó en sus brazos, ella comenzó a brillar, más que antes.

Era como magia, la forma en que Adah se suavizó. Él acarició su cabello, negro como la obsidiana. Besó sus mejillas, rosadas

como sus labios de capullo de lirio. Contempló con asombro su piel, que brillaba como el oro del sol.

Luego bajó los hombros y la devolvió a la partera.

—Aliméntala.

Mamá jadeó aliviada.

—Ven, Channi. Mamá te sostendrá.

Antes de que pudiera ir hacia ella, Adah me agarró, engan-
chando un brazo fuerte alrededor de mi cintura. Me arrojó sobre
su hombro, con tanta fuerza que jadeé en lugar de gritar.

En tres largas zancadas, salimos de la casa, y rápidamente los
gritos de la partera se desvanecieron detrás de nosotros, consu-
midos por la lluvia y los truenos. Corrió a través de la espesura
de la selva.

—¡Adah! ¡Para! —Pateé y grité.

El miedo se apoderó de mi corazón. No sabía a dónde me lle-
vaba y mamá no venía tras nosotros. La lluvia había aumentado
y golpeaba mi cara con tal fuerza que pensé que me ahogaría.
Golpeé la espalda de Adah con mis pequeños puños, pero esto
solo lo irritó. Su agarre se apretó mientras continuaba corriendo.

En la selva, la lluvia amainó. Todo lo que podía ver eran des-
tellos de verde y marrón. Nunca antes había estado en el bosque,
y por un momento olvidé tener miedo. En cambio, contemplé
maravillada los árboles con hojas dentadas, flores lo suficiente-
mente grandes como para tragarme entera y enredaderas que pa-
recían serpientes colgando del cielo. Los jejenes zumbaban, los
mosquitos picaban el cuello de Adah y el barro salpicaba bajo
sus sandalias.

De repente, Adah se echó hacia atrás con sorpresa, casi aplas-
tándome. Una magnífica serpiente roja colgaba de uno de los ár-
boles, con su larga lengua bífida extendida para sisearnos.

Adah se apoyó en los codos y yo me aferré a su cuello mientras la serpiente mostraba sus colmillos.

—Déjala ir —dijo.

Adah no parecía entender. Se levantó, agarrándome por la cintura con tanta fuerza que solté un pequeño grito ahogado, y se alejó de la criatura arrastrando los pies.

La serpiente lo siguió. No volvió a hablar; en cambio, envolvió el tobillo de mi padre con su cuerpo.

Adah gritó y pateó frenéticamente, casi haciéndome caer mientras luchaba. Agarró una rama caída y empezó a golpear a la serpiente.

—¡No le hagas daño! —chillé—. ¡Adah!

Liberado de la serpiente, mi padre corrió más rápido que antes, adentrándose más en la selva.

La lluvia había cesado. La niebla cubría los árboles y una tenue luz dorada del sol se filtraba a través del cielo grisáceo. Solo me di cuenta porque Adah corría con fuerza y tenía que detenerse a menudo, con el pecho temblando mientras respiraba. Su espalda estaba resbaladiza y mi cabello se empapó de su sudor y olor. En algún momento, estiré el cuello hacia arriba en busca de aire fresco.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Calla.

El escalofrío en la voz de Adah me sobresaltó y me quedé en silencio.

Por fin llegamos a un valle con un gran árbol de clavo en el centro, rodeado de rocas blancas y planas. En otras partes de la selva, los árboles luchaban por el espacio, sus ramas se enredaban entre sí por un simple roce de la luz nutritiva del sol. Pero este árbol torcido estaba solo. Ni siquiera los jejenes, las libélulas o

los mosquitos se atrevían a invadir este lugar. En cuanto nos acercamos, se alejaron revoloteando de la piel de Adah, hartos de él.

Adah me hizo sentar en la roca más grande. La lluvia y el sudor brillaban en su barba.

—Quédate aquí —dijo.

—¿Vas a volver?

—Te buscaré por la mañana. —No me miró mientras decía esto.

—Adah... —empecé a llorar—. ¡No te vayas!

—Quédate, Channari.

Al oír mi nombre completo, gemí y me agaché obedientemente.

La cara de la roca estaba fresca y seca, a la sombra de la copa del árbol. Cuando Adah dio la vuelta por donde habíamos venido, junté las rodillas contra el pecho. A lo lejos vi a una familia de monos trepando a un árbol. Una de ellas tenía un bebé en la cadera, y pensé en mamá en esa cama, gritando. Mamá nunca me había permitido entrar en la selva antes. ¿Por qué estaba aquí ahora?

—¡Adah!

Se había ido. Los arbustos seguían susurrando, delatando su proximidad, pero por mucho que aullara ¡Adah! ¡Adah!, no volvió a buscarme. Estaba sola.

Bueno, no completamente sola.

Los pájaros chirriaban invisibles en los árboles. Ciempiés y otros insectos se deslizaban por la tierra alrededor del claro. Entonces apareció la serpiente, la misma que había atacado a Adah antes.

Me alejé de ella con miedo mientras se deslizaba por la roca. Sus ojos brillaban como esmeraldas y sus escamas de color rojo brillante contrastaban con la luz del sol.

—Ven conmigo —dijo la serpiente.

Me estremecí, pero no porque me sorprendiera la idea de una serpiente que hablaba. Había oído hablar lo suficiente de magia y demonios como para no asustarme ante tales criaturas. Lo que me hizo dudar fue que esta serpiente hubiera intentado morder a Adah. No podía confiar en ella.

—Vete.

—Sígueme —insistió—. Angma está llegando.

Aunque era muy joven, un escalofrío me recorrió la espalda cuando oí ese nombre. Mamá me había hablado de Angma, siempre en el mismo tono de advertencia que usaba para avisarme cuando Adah estaba de mal humor.

Hace mucho tiempo, empezaba, Angma era una bruja humana a la que le robaron a su hija. En su ira, se transformó en un temible demonio, vagando por la tierra en busca de su hija. Devoraba bebés para mantener su inmortalidad y fuerza y, a veces, cuando le ofrecían un niño libremente, concedía un favor a cambio.

Como salvar la vida de mi madre, o eso debía de esperar Adah.

Yo era demasiado joven para entender lo que significaba “sacrificio”. No sabía por qué debía tener miedo de Angma. Así que ignoré la advertencia de la serpiente.

—Adah me dijo que me quedara aquí —dije obstinadamente.

—Como quieras —siseó la serpiente. Hizo una pausa—. Pero no la mires a los ojos.

Se deslizó por la roca y desapareció.

No pasó mucho tiempo antes de que una sombra cubriera el árbol de clavo, y toda la música de la selva —el piar de los pájaros, el chirrido de los insectos y el susurro de los monos— quedara en silencio.

Miré a mi alrededor. Una sombra salió disparada de atrás de uno de los arbustos.

—¿Adah? —grité de nuevo.

Me bajé de la roca, hundiendo los dedos de los pies en la tierra húmeda. Unas piedrecitas me pinchaban los pies. ¡Si no me hubiera quitado las sandalias en casa!

—¿Adah?

Una bestia ronroneó detrás de mí y me di la vuelta. ¡Un tigre! Se movía lánguidamente, sabiendo que estaba atrapada. Aunque intentara correr, me alcanzaría en menos de cinco pasos. Sus poderosas patas eran más largas que todo mi cuerpo, y su pelaje era cobrizo, como las estatuas del Templo del Amanecer, veteado de rayos negros.

Había algo extraño en este tigre. Nunca había visto uno en la vida real, pero había visto las esculturas en el pueblo, las pinturas y los pergaminos colgados en el templo. Había visto las pieles que los cazadores traían al pueblo para vender, y no se parecían en nada a las de este tigre.

No era solo que el animal exhalara humo por las fosas nasales, o que tuviera afilados colmillos de marfil como un elefante y una vaina de pelo blanco antiguo que caía en cascada por su espalda rayada. Era el brillo de su pelaje, oscuro y radiante al mismo tiempo, como sombras ardiendo bajo la luz de la luna. Me hizo sentir frío.

—Así que —gruñó el tigre. Su voz era baja y gutural. Reverberó contra la tierra debajo de mí y casi me hizo saltar—. Tu padre te ha dejado a mi cargo.

Las sombras se hinchaban allá donde se movía el tigre, envolviéndome a medida que se acercaba. Olía fuerte, aunque no pude reconocer el aroma. No era de los árboles ni de las flores ni de nada que hubiera experimentado antes. Una especia, tal vez.

Mis párpados se volvieron pesados.

—Eres un poco mayor —continuó, oliéndome—. Se suponía que tu padre traería a tu hermana. La bebé. —Su sombra me eclipsó—. La hermosa.

Me froté los ojos, inundada de sueño. Mi miedo a la tigresa se desvaneció, y eché un vistazo a la piedra que tenía delante. Plana y lisa: perfecta para echarse una siesta.

—¡Mírame, niña! ¿Dónde está tu hermana? —la tigresa rugió.

Miré fijamente al suelo. No había prestado atención a la advertencia de la serpiente de que corriera, pero su advertencia de no mirar a los ojos del animal tenía sentido. No me gustaba la forma en que gritaba. Cuando Adah gritaba de esa manera, me golpeaba en cuanto levantaba la vista.

La bestia estaba tan cerca ahora que el aire temblaba con su respiración. Exhaló sobre mí, una nube de humo negro y rizado.

—Mírame —volvió a decir mientras tosía—. Mírame o te juro que te romperé el cuello.

Lentamente, levanté la mirada para encontrarme con la suya. Sus bigotes estaban tensos y lisos, blancos como el hueso contra sus mejillas de rayas negras. Sus ojos eran del amarillo más vivo que había visto nunca. Como el polvo de cúrcuma que mamá me hacía comer cuando me dolía el estómago, pero que solo lo hacía doler más.

Me salía sangre por la nariz y no podía moverme. En los ojos del tigre, mi reflejo mostraba un mechón de mi pelo blanqueándose en mi sien. La sangre de mi nariz se volvió negra.

Mis rodillas se doblaron de miedo, y detrás de mí la serpiente salió de su escondite. Era un destello rojo, tan rápido que apenas la vi deslizarse hacia mí. Mostró los colmillos y por un instante pensé que iba a atacar al tigre.

En lugar de eso, me mordió en el tobillo.

Sus colmillos se hundieron en mi carne, en mis músculos y mis huesos. Solté un aullido espantoso, que apenas reconocí como procedente de mis pulmones. Me estremecí por completo y un dolor abrasador me recorrió la carne como si me hubieran prendido fuego.

La serpiente retrajo los colmillos y el dolor disminuyó ligeramente. Me invadió una ola de frío. El sudor seguía cayendo por mis sienes, pero ahora temblaba.

Me había olvidado del tigre. Se inclinó hacia delante, apoyando una garra afilada en la roca, y gruñó a la serpiente.

—¿Qué haces aquí?

La serpiente se deslizó hacia delante, creando una barrera entre el tigre y yo. Acercó su cabeza.

—Déjala en paz. No es la niña que estabas esperando.

—¿Qué te importa si me la como o no? Hazte a un lado.

—Madre Angma —dijo la serpiente respetuosamente—. Te aconsejo que dejes ir a esta niña. Su sangre no vale nada para ti ahora.

La serpiente me señaló el tobillo con la lengua. En seguida se me formó un doloroso bulto y unas extrañas vetas verdes cubrieron mis venas. Gran Gadda, ¡dolía!

La bestia soltó un gruñido furioso. Azotó con la cola a la serpiente, la atrapó y la arrojó entre los arbustos. Luego se giró hacia mí, dispuesta a desatar su furia. Pero al verme intentar salir cojeando del claro, su ira desapareció.

Me impidió salir.

—Pobre, pobre chica. Crees que te ha salvado, ¿verdad?

No. No pensaba en otra cosa que en cómo me dolía la pierna, cómo me daba vueltas el mundo y cómo quería volver a casa.

Cómo echaba de menos a mamá.

Intenté pasar corriendo junto a la tigresa. Mala idea.

Me apretó una pata contra el pecho y sus ojos amarillos se arremolinaron con un encanto espeluznante.

—El Rey Serpiente ha envenenado tu sangre —dijo con maldad—, y por eso maldeciré tu cara. Nunca la mirarás sin sentir dolor.

Extraño, que en el momento que vendría a definirme, sintiera tan poco. Sólo un cosquilleo en la cara, luego una presión espesa y sofocante que me subía hasta el cuello, como si una cuerda invisible me cortara la respiración. Después, nada.

Nada excepto un escalofrío premonitorio que me recorrió la espalda mientras las sombras giraban bajo el pelaje de la tigresa y sus ojos... cambiaban. Seguían siendo amarillos, hipnotizantes. Pero sus pupilas habían pasado del negro a un rojo brillante y violento. Como la sangre.

—Tráeme a tu hermana antes de que cumpla diecisiete años —dijo en un tono tranquilo y letal—, y desharé mi maldición. Si no, iré a por los dos y desearán haber muerto.

Luego, se internó en la jungla dando un gran salto. Desapareció.

Pasó mucho tiempo antes de que la serpiente volviera a aparecer. Todo estaba borroso, pero en la densa maraña de verde, pude distinguir fácilmente sus escamas rojas y sus ojos brillantes.

No me importaba si el tigre le había herido. O qué maldición me había caído.

—Me has hecho daño —lo acusé.

—Tenía que morderte —replicó la serpiente—. De lo contrario, Angma te habría devorado. Pero ahora mi veneno corre por tu sangre. Si vuelve a intentar comerte, le hará daño.

No me gustó su razonamiento.

Cuando me toqué el tobillo, las rayas verdes se transfirieron a mis dedos. Tampoco se quitaban, por mucho que lo intentara.

—Duele.

—El dolor desaparecerá —dijo la serpiente, sonando tranquila. Hizo una pausa. Se quedó con la boca abierta y, aunque no sabía cómo hablaban las serpientes, tuve la sensación de que quería decir algo más. En lugar de eso, preguntó—. ¿Cómo te llamas, pequeña?.

—Channi —susurré—. Channari.

Si una serpiente pudiera sonreír, lo hubiera hecho.

—Cara de luna. —Su boca se curvó mientras sacaba su lengua fina y bífida.

Mamá y Adah me habían llamado Channari porque nací bajo la luna llena, y cuando llegué tenía los ojos muy abiertos, captando su luz plateada. Pero no iba a decirle eso a un extraño. Nada menos que a una serpiente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Su sonrisa se desvaneció. Sólo entonces vi las marcas de las garras en sus escamas, crudas y rosadas a la luz del sol. Muchos años después aprendería que cuando una serpiente muere, puede ver el futuro durante un breve instante. Y que esta serpiente, que había sacrificado su vida para protegerme, era el rey entre los de su especie.

—Mi nombre no importa —sentenció—. Para ti, necesitas a Hokzuh. Di su nombre.

—Hok... Hok... zuh.

—Recuérdalo. Vendrá a buscarte un día, cuando seas mayor.

Ante mis ojos, la piel de la serpiente se volvió blanca, sus escamas se convirtieron en diminutas perlas marinas tachonadas a lo largo de su cuerpo. Su cabeza seguía levantada, mientras que

el resto de su cuerpo se enroscaba, arrugándose lentamente y volviéndose flácido.

—Lo necesitarás.

—¿Por qué?

—Una hermana debe caer para que la otra se levante —respondió, tan suavemente que casi no lo oí. Dobló la cabeza hacia el centro de su cuerpo enroscado, cerrando los ojos—. Duerme ahora.

Yo no quería, pero el veneno en mi sangre no me dejaba otra opción. Ya sentía la cabeza de plomo y, a medida que el suelo giraba cada vez más rápido, tuve que taparme la cara. Sentí un hormigueo en la pierna hasta que dejé de sentirla, y el entumecimiento me subió desde el tobillo hasta la frente.

—Duerme —susurró por última vez el Rey Serpiente. Luego, él también se durmió. Pero, a diferencia de mí, no se despertó.



Cuando me desperté, estaba en casa, acurrucada en mi camita junto a la olla. Levanté la cabeza. El dolor palpitante de brazos y piernas había desaparecido, sustituido por una sensación de entumecimiento detrás de las mejillas, pero incluso eso estaba desapareciendo.

Me arrastré hasta la cama de mamá. En sus brazos, la pequeña Vanna dormía.

La hermosa, recordé.

Mamá se movió. Cuando me vio, soltó un pequeño grito ahogado.

—Ch-Ch-Channi, ¿qué te ha pasado en la cara? —El miedo saltó a sus ojos e hizo que le temblara la voz.

—¿Está sucia, mamá? —Parpadeé, confusa.

—No. No. —Mamá tragó saliva. Intenté ver mi cara en sus pupilas, pero estaba oscuro. Había caído el sol y éramos demasiado pobres para encender velas por la noche. Cuando volvió a hablar, estaba más tranquila—. No te preocupes por tu cara. Ven.

Me acunó la mejilla con su mano fría y pálida. La estreché, sintiendo lo débil que estaba, lo frágiles que eran sus dedos contra mi piel.

Me acurruqué a su lado. Su pulso era tan débil que tuve que pegar la oreja a su pecho para oírlo. Miré a Vanna, que seguía durmiendo plácidamente. Seguía brillando, aunque la luz era más suave que antes, cuando acababa de nacer. Me invadió una pizca de envidia al imaginar que tendría que compartir a mamá en el futuro.

Pero entonces Vanna abrió los ojos. Me sonrió y extendió sus deditos para tocarme las mejillas.

—Mira ahí —susurró mamá—. Vanna abrió los ojos. Por ti.

Yo fui la primera persona o cosa que vio en su vida.

Vanna se rió entonces, una risita adorable que me hizo palpar el corazón. Ese fue el momento en que me enamoré de mi hermana, el momento en que juré que no dejaría que la Bruja Demonio se la llevara. Jamás.

—¿Prometes cuidarla, Channi? —preguntó Mamá—. ¿Protegerla siempre?

Casi di un respingo. ¿Mamá me había leído el pensamiento?

—Sí, lo prometo. —Extendí la mano y agarré la manito de Vanna, apretándola tan fuerte como me atreví.

Te protegeré.

La luz del pecho de Vanna parpadeó y de las yemas de sus dedos emanó un chorro de calor tan inesperado y poderoso que me recorrió todo el cuerpo.

—¿Lo ves? Hasta los dioses saben ahora que están unidas. — Mamá se echó hacia atrás con una débil sonrisa—. Una promesa no es un beso al viento, para ser lanzado sin cuidado. Es un pedazo de ti mismo que se entrega y no volverá hasta que tu promesa se cumpla. ¿Entiendes?

Era un dicho de su pueblo que me había enseñado hacía mucho tiempo.

—Lo entiendo —dije, aunque en realidad no lo entendía.

—Bien. —Mamá inhaló—. Ahora, deja dormir a la bebé.

Obedientemente, solté a Vanna y trepé por la cama hasta el lado de mamá. Aunque mamá estaba cansada y agotada, para mí seguía siendo la mujer más bonita del mundo. Tenía los ojos más cálidos y marrones. No eran grandes ni anchos, y sus pestañas no eran largas ni espesas, pero eran ojos sinceros. Unos ojos honestos que hacían juego con su nariz y sus labios orgullosos y honestos.

Yo brillaba cada vez que alguien decía que me parecía a ella.

Acercándome, mamá me acarició el pelo y empezó a cantar:

Sentada entre las estrellas está mi hermosa niña cara de luna.

Channi, mi hermosa niña con cara de luna.

Su música me calmó y olvidé el miedo que había en sus ojos cuando vio mi cara. Me olvidé de la promesa de Angma de matarnos a mi hermana y a mí. Mis pensamientos se alejaron y mis músculos se ablandaron.

Por última vez, me dormí con el sonido de la voz de mamá.

Por la mañana, estaba muerta. Y nadie volvió a llamarme hermosa. No durante mucho, mucho tiempo.